



*El texto a continuación corresponde a las palabras que Claudio Williams, hijo de Amancio, pronunciara el día 18 de noviembre pasado en la SCA en ocasión de la presentación del libro "Amancio Williams obras y textos" publicado por el Archivo Williams y la Editorial Donn, responsable de la revista Summa +. Dicho libro es el resultado del trabajo de Fernando Diez y Martín di Peco con la colaboración de Claudio Vekstein por parte del Archivo Williams.*

# Amancio Williams, obras y textos

Claudio Williams

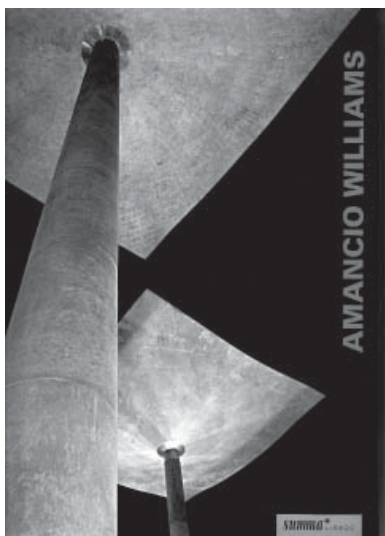
Son muchos los estudiantes universitarios, de grado o de posgrado, provenientes de universidades y escuelas de todo el mundo, que se acercan al Archivo Williams solicitando información sobre la obra de AW en general, y también sobre temas específicos en particular. Curiosamente, a casi todos les interesa además abundar sobre dos aspectos de su personalidad que les llama la atención. Uno, sobre sus procesos de diseño y el otro sobre la fuerte presencia de la tecnología en toda su obra.

Sobre sus procesos de diseño, en general, estos estudiantes o investigadores esperan encontrar quizás un proceso lineal de tipo gráfico, del cual pueda deducirse un proceso creativo. Pero resulta que AW no era un gran dibujante. Pero sí tenía una inmensa capacidad de imaginar y procesar mentalmente todos sus detalles. Llegaba al estudio y "dictaba" sus ocurrencias, con increíble minuciosidad, a algún arquitecto que lo llevaba al papel y luego juntos lo perfeccionaban. No hay en sus obras una evolución creativa del tipo gráfica. Es notable la similitud que existe entre los primeros croquis o borradores de casi todos sus proyectos y su resultado final. No hay cambios que sugieran una evolución. Concebía sus ideas en su mente y luego simplemente las desarrollaba y las documentaba. Y es en esa expresión gráfica de sus obras donde sacaba a relucir toda su síntesis y su fuerza plástica.

Sus diseños respondían siempre a un problema planteado con precisión. Si el problema a resolver se planteaba con claridad la solución era generalmente muy clara y casi evidente. En la Casa sobre el Arroyo, el planteo era ubicar la casa sin alterar la naturaleza del lugar y a su vez darle unidad a las dos fracciones del terreno separadas por el arroyo. La respuesta del puente fue casi obvia. Luego vino el desarrollo del proyecto y su acabado perfeccionamiento.

En la sala de conciertos, el corte, con esa forma de alas abiertas de una mariposa, responde a un modelo acústico matemático, con el principal objetivo de lograr el mayor equilibrio de sonido en un ambiente cerrado. La geometría del corte de la sala está definida por una curva que asegura que cada espectador reciba la misma calidad y cantidad de sonido, con proporciones variables de sonido directo o de sonido reflejado, pero todos disfrutando la misma calidad y a su vez, la misma visión.

El proyecto que hizo junto a Walter Gropius para la embajada de Alemania, fue también una respuesta a la necesidad de preservar la calidad y continuidad del espacio urbano, ya que este edificio construiría en la plaza Alemania. Entonces resolvieron que toda el área pública de la embajada fuera enterrada y toda el área privada elevada, apoyada sobre



altas y finas columnas. De este modo, se mantenía un amplio campo visual a través del edificio, tanto para caminantes como para automovilistas. De allí surgió entonces la solución arquitectónica.

Con respecto a la fuerte presencia de la tecnología en su obra, vale aquí decir que AW aplicó insistentemente uno de sus principios básicos: "buscar en la técnica su expresión verdadera". El sostenía que no tenía sentido resolver un edificio con una estructura de hormigón, para luego ferrarlo con ladrillos, como tanto hemos visto y seguimos viendo. Que sin duda era mejor resolver correctamente el hormigón y dejarlo a la vista. Una consecuencia de este principio era el grado de detalle al que llegaba en la búsqueda de soluciones a los problemas que se le iban presentando. Grado de detalle que daba lugar a cientos de planos. Más de quinientos para la Casa sobre el Arroyo. Cerca de 300 para la documentación que produjo por encargo de Le Corbusier para la casa Curutchet, en La Plata. Y así sucesivamente.

Esa pasión por la técnica y sus inmensas posibilidades creo que tuvo su origen en sus años de aviador. La aviación, en los tiempos en que él fue aviador, dio lugar al desarrollo y a la aplicación de los mejores recursos tecnológicos al servicio de una industria completamente nueva, original en sí misma, que por sus riesgos, requería las mayores seguridades posibles. Tan insegura era que ni su madre sabía que él volaba, y se enteró por el diario cuando, a sus 21 años, fue a recibir al Zeppelin en 1934. Williams se nutrió de ese desarrollo tecnológico y lo trasladó después a la arquitectura. Es por eso que nunca se conformaba con las respuestas del mercado. Siempre buscaba soluciones nuevas, acabadas, partiendo de la base de que todo era perfectible. A modo de ejemplo, si había que resolver un problema de ruido en un departamento, lo hacía desarrollando un revestimiento absorbente, moldeado con las matrices de los maples de las hueveras y pintándolo con intensos colores. Cuarenta años después, soluciones parecidas se han generalizado.

Era extremadamente ingenioso y estaba permanentemente pensando en cómo resolver todos los detalles que se iban presentando. Recuerdo una oportunidad en que, intentando vender un proyecto de un edificio a potenciales inversores, de aquellos con la clásica mentalidad de la propiedad horizontal, cuando le preguntaron cómo resolvería el problema del oscurecimiento al no usar cortinas de enrollar, respondió que era muy fácil, que se podían resolver las carpinterías con un vidrio doble, y que en la parte inferior de la cámara resultante, se podían disponer glóbulos de telgopor o algo equivalente, y que se podía inyectar aire comprimido en esa cámara, dispersando los glóbulos en su interior haciendo entonces las veces de una cortina. No olvidaré la incredulidad de sus interlocutores. Pocos años después empezaron a verse en el mercado las ventanas con vidrios dobles y cortinas en el medio. Muchos años más tarde, Emilio Ambasz aplicó una solución parecida en uno de sus proyectos. Era sin duda, una idea perfectamente factible que muestra a las claras su espíritu innovador.

Imaginaba las mejores soluciones aplicando los mejores recursos tecnológicos, requiriendo incluso de la tecnología la búsqueda de la mejor respuesta posible. Esto por ejemplo cuando empleaba las placas de acrílico, el entonces plexiglass, al Monumento del Congreso Mariano en los años 60, o cuando aplicaba los rayos laser, recién en los comienzos de su desarrollo, al Monumento junto al Teatro Colón o cuando hacía fabricar un piso de porcelana para un departamento y tantísimos casos más. Hoy existen los famosos porcelanatos. En ese entonces no había nada parecido y ese piso de porcelana se lo encargó a un fabricante de vajilla de porcelana.

Otro aspecto sobre el cual indagan quienes se acercan al archivo es sobre sus enseñanzas. Si bien Williams nunca ejerció la docencia, por lo menos en términos formales, lo hizo en su vida cotidiana en su taller, con sus alumnos. Allí se formaron muchísimos arquitectos. Les brindó la enseñanza que se desprende de su propia obra, no solamente por la originalidad de sus ideas y proyectos, por su fuerza creativa, sino también por la forma en que se desarrolló. Por la forma en que se comprometió con sus ideales, por su intransigencia, por su búsqueda permanente de lo mejor. Por su profunda honestidad intelectual.

Se entusiasmaba y se emocionaba con sus ideas, con sus consecuencias. Por ejemplo, cuando proyectando unos espacios en tres niveles en el basamento de la Cruz en el Río, pensó en resolverlo con dos entresijos, el de abajo apoyado y el de arriba colgado, los dos con sus bordes casi completamente libres. Nunca olvidaré su expresión al decirnos imaginense la sensación al estar en el espacio del medio, sin columnas ni tensores ni apoyos laterales. Su manera de trabajar, en íntima relación con los arquitectos que lo acompañaban, era un constante ejercicio, no ya de la docencia, sino de la maestría.

Generaba además, fuertes lazos afectivos con todos ellos, abriéndoles las puertas de su casa, alentando la amistad con nuestra madre y con nosotros, sus ocho hijos, amistades que todos conservamos y cultivamos. Siempre, en todo momento, se aprendía algo con él. Y casi siempre, ideas nuevas. Su taller, más que un centro de transmisión de conocimientos, era un centro de generación de conocimientos. Un verdadero centro de creatividad ■